

## **II Domingo de Pascua (16-04-23)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Esta Misa la ofrecemos, en especial, por el 51 aniversario de la fundación del Colegio de Biólogos que está aquí presente. Los recibimos con un fuerte aplauso por todo el trabajo interesante que hacen.

También queremos recordar, en esta Misa, a dos difuntas de mucha importancia para nuestro país, porque, como ustedes saben, hay 51 mujeres asesinadas desde el inicio de enero. Y tenemos que ponernos todos, juntos, a superar este problema gravísimo del maltrato de la mujer.

Vamos a rezar por la enfermera Brizz Maylen Salcedo Añasco, que ha muerto a los 32 años por una violencia que le propinaron de dos personas. Y también por Katherine Gomez, de 18 años, que fue quemada viva. Nos unimos con ellas, a todas las mujeres que sufren y, por eso, necesitamos, justamente, repensar cómo vamos a hacer todos como humanos y cristianos en nuestro país.

Y este domingo de la Divina Misericordia, es una manera de poder retomar el camino de la regeneración. Por eso, hemos leído, en la Carta de Pedro (1 Ped 1, 3-9), lo que dijimos en la última homilía del domingo pasado: *“Bendito sea Dios Padre que por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesús, nos ha reengendrado para una esperanza viva”*.

Se trata, justamente, de ver cómo Jesús nos puede reengendrar para que, después, podamos nacer. Pero nos dice que nos reengendra, es decir, fecunda otra vez (como en el seno materno), para que tengamos un tiempo para ir formándonos de otra manera.

Y las dos imágenes que tenemos en el Evangelio (Jn 20, 19-31) y en la primera lectura (Hch 2, 42-47), son imágenes que nos muestran cómo hoy, como cristianos, hemos sido y seguimos siendo reengendrados.

Por una parte, vemos, una Iglesia comunidad muy unida y cercana a la gente; y la otra, la primera comunidad escondida, refugiada, dividida (por la falta de uno de los discípulos), reunida, pero por miedo a sus perseguidores.

El Señor hizo la maravilla de que, reengendró la Iglesia a partir de estas dos situaciones: hizo pasar de la situación de miedo a la situación de confianza y alegría. Y vamos juntos a saborear este texto para aprender todos a recibir el reengendramiento que el Señor quiere, la regeneración que quiere de su Iglesia para servir al mundo en todos sus problemas.

En ese sentido, los discípulos, aunque están en el mismo lugar en que Jesús compartió su cuerpo y su sangre como signos de su amor, están allí, pero huyendo del mundo. Inclusive, Tomás también hizo lo mismo, pero no fue a la comunidad, es decir, huyó y se escondió en alguna parte. El Papa Francisco ha dicho en el Regina Cieli de hoy que, de repente, Tomás ha sido valiente de no refugiarse, sino de ir por ahí y esconderse en otra parte. Pero, lo más importante, es que él también está, de cierto modo, desilusionado de Jesús y duda de que pueda haber resucitado.

Estas dos imágenes de la iglesia que están conectadas entre sí, lo están por Jesús, que reengendra, pasando de la comunidad cerrada y huidiza, a una comunidad abierta y misionera. Ese, también, está siendo el camino que, como Iglesia de Lima, venimos haciendo. No una comunidad que huye del mundo y se separa de él, sino que acompaña y, en ese camino, poco a poco, aprende a amar al Señor porque lo encuentra entre la gente sencilla.

Veamos, entonces, cómo es este proceso:

-En primer lugar, dice el texto, que estaba todo cerrado. Y ¿qué hace Jesús? “Entró en lo cerrado”. En segundo lugar, entró y no se puso en el costado, sino **en el medio** de lo cerrado. Y, en medio de lo cerrado, dijo: *“paz a ustedes”*.

Es interesante, porque Jesús se mete en el corazón, en la médula, en el centro de lo que está cerrado. Y, metiéndose en el medio de la situación de huida y de miedo, se mete en el medio del miedo y, así, les comunica oralmente a los “encerrados” que ***esto se puede superar con la paz***.

Y, ¿qué cosa es esa paz? ¿Es la paz de los cementerios? ¿Es la paz en el aire? ¿La paz irénica que está volando por las nubes? No, esta es una paz que viene de alguien que les da su paz, porque Él, como dijo el Papa estos últimos días, “puso su carne en el asador”, se comprometió con ellos y se “quemó” por ellos.

Cuando uno se encierra, en cambio, no es que tenga paz, es que está contrariado, miedoso, tenso, porque algo le preocupa y no sabe cómo salir de ahí. Jesús comunica la paz desde

dentro de la contrariedad de cada persona, de cada comunidad, de cada pueblo, de cada Iglesia y de cada sociedad. Así contrariados como estamos todos los peruanos, Jesús está escondido y metido y nos dice “paz”, por eso, lo hemos elegido el lema de esta Semana Santa que pasó (“Hermanos y solidarios, forjemos la paz”).

Y esa paz, entonces, nos comunica ***una paz dinámica, una paz que viene de alguien que se movió por nosotros*** y sufrió y murió, pero que, ahora, Resucitado, nos da la fuerza para movernos. También dijo el Santo Padre, esta semana, que el Evangelio se comunica solamente moviéndose, no es teledirigido (a pesar de que usemos la televisión). Tenemos que salir a encontrarnos cara a cara, rostro a rostro.

En ese sentido, la paz no es solo “calma muchachos”, sino que está dirigido a retomar el camino, la paz que muestran sus manos y su costado, es decir, los signos de su amor misericordioso, la razón de las heridas y, por eso, dice el texto que ***les suscitó esta paz una gran alegría***.

La paz del Señor no nos aquieta, no nos vuelve pasmados; la paz del Señor nos vuelve ***dinámicos y alegres***. Y siempre una paz alegre, se comunica y se comparte. Está relacionado directamente esto con la historia viva de Jesús que los moviliza, así como los hizo caminar de Galilea a Jerusalén durante tres años.

Este texto del Evangelio, agrega algo más: reitera una paz no solo en su aspecto espiritual, sino que la reitera como ***“paz a través de la misión”***. El Señor les dice: *“como el Padre me envió, así los envió yo”*. Y antes, ya ha dicho *“paz a ustedes”*, por segunda vez.

Ya tenemos, entonces, dos pasos: paz en medio de heridas y alegría; y paz por medio del envío, de la misión. Lo digo, especialmente, para los chicos de la confirmación, que la paz que vamos a vivir en este tiempo de la confirmación, los va a llevar a ser testigos en medio de los jóvenes para anunciarles el Evangelio. Y ya nos va a enseñar el Señor cómo se anuncia el Evangelio, no para hacer proselitismo y traer a todos los jóvenes a la Iglesia porque después “se pierden”, sino para que, en medio de las perdiciones, vayan yendo por el camino del Señor, poco a poco, entendiendo las cosas y comprendiendo.

En ese sentido, falta aquí un tercer elemento que el Señor va a dar. Él agrega: *“Reciban el Espíritu Santo”*, que es el que ustedes, chicos de la confirmación, también van a recibir. Y esto, la Iglesia, lo propicia siempre porque **es el Espíritu Santo perdonador**. Y perdonar significa acompañar a la humanidad con el mismo punto de vista y la manera de ser de Jesús, que acompañó a sus discípulos, los perdonó, los escuchó y lo único que les dejó fue su amor perdonador.

El perdón implica, entonces, también un aspecto de retención, pero la retención no es de por vida. *“A quienes le perdonen los pecados le quedan perdonados, a quienes lo retengan, les quedan retenidos”*, pero no eternamente, es por un tiempo para educar. Es una actitud de escucha, de comprensión y de paciencia con la humanidad, especialmente, la humanidad que tiene problemas como todos los tenemos.

Por eso, quisiéramos recordar que el Papa ha querido reunirse con un grupo de jóvenes y filmar el diálogo con ellos para escucharlos, comprenderlos y acompañarlos, no para

juzgarlos. Y nos da, a todos, la pauta de lo que debe ser la Pastoral Juvenil, pastoral de compañía, no pastoral de proselitismo o de “chancar” a medio mundo por sus pecados, sino, primero, comprender y, luego, ver la manera de ir avanzando hacia el reconocimiento de los propios límites, pecados y males, pero producto de que los acompañamos, no de que los juzgamos. Hay mucho mal y muchas cosas entreveradas, pero hay cosas muy buenas en los jóvenes que necesitamos descubrir, para ir creciendo, en medio de sus dolores y complejidades de vida.

Este perdón, entonces, no es el perdón de un sobrado: “Yo que soy puro, te perdono que existas”. Los españoles tienen esta frase, esta “chapa” que le ponen a esas personas que se “creen la divina pomada”. Los llaman “perdonavidas”, porque pasan por el mundo perdonando a los demás, como si ellos fueran los santos. Tenemos que evitar una Iglesia “perdonavidas”, porque el verdadero perdón siente compasión y cercanía, misericordia con el Otro y lo acompaña, y no está recriminándole y sacándole todos los “trapitos”, culpabilizándolo más. Nos cuesta a todos eso, porque tenemos una formación muy dura, pero hay que generar algo nuevo en la Iglesia y hay que generar una nueva Iglesia renovándola.

Por eso, Jesús no solo les desea la paz, sino que les da su paz. Y les da el Espíritu para que transforme y acompañe sus personas y, por lo tanto, no los excluye ni refunfuña. Esto es lo que hizo el Papa en el film “Amén”, y nosotros también, cada vez que escuchamos a alguien, debemos decir “Amén”.

Por tanto, hermanos, es esto lo que convierte a las personas, de miedosas y encerradas, en confiadas y abiertas. Y lo que

hace posible también, eso que el Papa llama, la Iglesia en salida y la conversión de la Iglesia a la sinodalidad, al caminar juntos en este mundo de hoy.

Finalmente, este texto nos habla de la **división**, porque faltaba un discípulo. Aquí podemos, decía el Papa, incluirnos todos (porque, a veces, no venimos a la comunidad). Y, por lo tanto, la comunidad primera, en todo su miedo, recibe a Tomás, a pesar de que se ha ido. Sin embargo, recibéndolo, el Señor no lo recrimina, solamente lo ayuda y le dice: “*Ven, pon tu mano, tócame*”. Es decir, lo invita a contemplarlo, a sentirlo y, simplemente, le dice “porque has tocado, has creído”.

Entonces, de ahora en adelante, diríamos: sé creyente y no desconfíes. Pero también el Señor le dice: “Bienaventurados los que creen sin haber visto”. Algunas personas piensan que esto significa creer ciegamente y recitar el Credo de memoria para “creer” sin haber visto, es decir, “abracadabra, pata de cabra”. Eso no es así, la fe ciega también nos puede destruir, es imperfecta, algo de fe hay, pero no es suficiente.

Crear sin haber visto, significa creer sin haber visto como vieron los discípulos, contemplando al Señor, directamente. Nosotros, creemos en el Señor contemplándolo indirectamente, a través de nuestra diversidad de experiencias. Si bien, no es la misma que tuvieron los discípulos, nosotros tenemos experiencias parecidas, tenemos por ejemplo aquí, la riqueza de ser biólogos. Y, ustedes, no es que creen sin haber visto, a ciegas y, entonces, a rajatabla, se piensa que la ciencia no sirve y todo tiene que ser mágicamente de acuerdo a lo que dice el Evangelio. Pero el Evangelio nunca ha hablado de la biología. ¿Qué hay que hacer? En la experiencia de ser biólogos, aprender a ver cómo el Señor está presente ahí,

porque Él ha unificado al mundo en la presencia espiritual de un Jesús Resucitado en donde toda condición humana está resucitando. Esto no es para que hagan una biología católica, por si acaso, sino para que hagan una biología que ayude al ser humano a salir adelante. El ingenio y la profundidad de nuestros biólogos propician la posibilidad de que ustedes, también, puedan encontrarse con el Señor en su experiencia. Y lo verán de otra forma, pero lo verán. Escarben, escarben, dentro de sus esfuerzos y sus investigaciones, y encontrarán al Señor Resucitado.

Y ustedes muchachos, también, que vienen a su preparación para la confirmación, aprendan a ver que el Señor está ahí presente sin “verlo”, pero presente en toda experiencia humana. Y cuando nuestros hermanos y hermanas sufren en sus tragedias, como los feminicidios que hemos visto, o las familias afectadas porque el cerro se derritió y les cayó encima, Dios está ahí clamando, diciéndonos “salgan a ayudar, salgan de sí mismos, déjense inspirar por el Espíritu que está metido en todas partes y hay que rescatarlo en el hermano accidentado, hay que escucharlo”, sobre todo, en aquellos lugares donde nosotros, a veces, no tenemos contacto porque nos sentimos lejanos y no atendemos.

Que la Iglesia de Lima que estamos formando juntos y regenerando juntos, sea una Iglesia basada siempre en esta misericordia, que se sabe acercar, escuchar, comprender y alentar. Bendiciones para todos y que este domingo, todos, con la misericordia del Señor, seamos reengendrados para nacer a una vida nueva y a una esperanza viva, no a una esperanza muerta, sino una esperanza viva que siempre está esperando y buscando a su Señor.



